

Así al través del vaso cristalino  
 Nos llega á iluminar la lumbre pura ;  
 Así del sol el rayo diamantino,  
 Sin romper de las aguas la tersura,  
 Penetra en deslumbrante torbellino  
 Tal vez al fondo de la mar oscura,  
 Semejando en sus olas rebramantes  
 Del iris los espléndidos cambiantes.

Virgen y madre á un tiempo :—Perfumado  
 Capullo y á la vez fragante rosa ;  
 El bien aun de nosotros alejado,  
 Y de aquel bien la posesion dichosa :  
 La esperanza á la vez y lo esperado ;  
 La anhelante inquietud, la paz sabrosa,  
 Tal el misterio fué que dió fecundo  
 Fruto de vida y libertad al mundo.



## BELEN.

### III.

¿ A dónde envanecido  
 Me arrastras, ardoroso pensamiento ?  
 ¿ Dó vuelas, atrevido,  
 Con raudo movimiento,  
 Ambas las alas desplegando al viento ?

¿ Cómo á escalar te atreves  
 Esa region de tan suprema altura ?  
 ¿ Cómo en alas tan leves  
 Alcanzar la ventura  
 De contemplar de Dios la lumbre pura ?

Gusanillo ambicioso  
 Del sol, en mariposa convertido,  
 Que al cielo esplendoroso  
 Remontas decidido,  
 En tan frágiles alas sostenido:

¿Dó irás que no te canse  
 En breve la asperísima subida?  
 ¿Dó será que descanse  
 Tu fuerza enflaquecida  
 En lucha á tu vigor tan desmedida?

¿Podrán, sin quedar ciegos,  
 Esos tus ojos débiles mortales,  
 Que á los solares fuegos  
 Se anublan, los raudales  
 Contemplar de las lumbres inmortales?

Frágil vaso de arcilla  
 Al choque mas ligero quebrantado,  
 En cuya mente brilla  
 Un destello emanado  
 Del soberano rey de lo creado.

¿Qué es el mortal en suma  
 Mezcla de lodo y de fulgor divino?  
 Bomba fugaz de espuma,  
 Que en su raudal camino  
 Hizo y borró en el mar el torbellino!

Y empero, desbocado,  
 Mas allá de su sér ansioso mira...  
 ¿Es su esplendor pasado  
 Perdido, el que suspira,  
 O á mas glorioso porvenir aspira?

Hay un voraz deseo,  
 Que su mezquino sér constante agita;  
 Un túrbido mareo,  
 Que sin cesar le incita  
 Y en vórtice sin fin lo precipita,

Y tú, mortal poeta,  
 De flaca voz y genio limitado;  
 ¿Podrás á la alta meta  
 Llegar afortunado,  
 A tan humildes cantos avezado?

En la tiniebla oscura,  
 Funesto don de la ignorancia humana;  
 ¿Aspira tu locura  
 A ver la soberana  
 Luz, que del trono del Señor emana?

Mas no; que reverente  
 El vate contra el polvo prosternando  
 La antes altiva frente,  
 No orgulloso cantando,  
 Las glorias del Señor irá adorando!

Y de la fè del cielo  
 En las fulgentes alas sostenido,  
 Acaso en rauda vuelo  
 Remonte enardecido  
 Dó el sumo resplandor vive escondido!

Y de la fè del cielo  
 De la voz y canto  
 Poder a la gloria  
 Llevar al mundo  
 A tan humildes cimientos avocados

## IV.

Las águilas impías  
 Dominaban señoras del romano  
 Sobre naciones cultas y bravías:  
 El Galo y el Hispano,  
 El Picto y el indómito Germano;

Y el Sárмата invencible,  
 En su árido desierto, y el Numida  
 Con su corcel terrible,  
 Y el Chino, cuya vida  
 De la lid pasa lejos homicida;

Y el elocuente Griego,  
 Y el Persa en los tegidos afamado;  
 Y el Abisinio ciego,  
 Y el Kopto iluminado  
 En ciencias tenebrosas iniciado:

Y en fin, desde el Oriente,  
Cuna del Salvador afortunada,  
Hasta el rico Occidente;  
Vecina ó apartada,  
Pobre ó rica, desierta ó habitada;

Region no habia alguna  
Que no rindiese humilde vasallage  
De Roma á la fortuna;  
Ni viviente linage,  
Que no prestara al César homenaje.

Así, al imperio bravo  
De Roma, se humillaba entero el mundo,  
Esclavo de un esclavo!  
Que Roma, al yugo inmundo  
Del sensualismo en crímenes fecundo,

Inclinaba la frente  
De regiones vastísimas señora:  
—La reina prepotente  
A quien el mundo implora,  
Al brutal apetito esclava adora!

Y el mundo entero gime,  
Las antiguas virtudes olvidadas,  
Só el yugo que le oprime;  
Las leyes conculcadas,  
Las mas santas costumbres despreciadas!

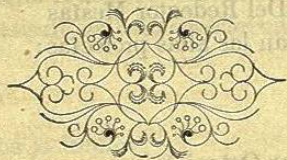
—Tributaria Judéa,  
El trono de David era ocupado  
No de familia hebrea:  
Un extranjero odiado  
Era el rey, vil esclavo coronado.

Cumplido empero el cuento  
Del mundo en las edades, de los dias  
Que al fausto nacimiento  
Del Redentor Mesías  
Anunciaban las altas profecías:

El César Octaviano  
Quiso contar la inmensa muchedumbre  
Esclava del romano;  
Y de su servidumbre  
A aumentar la ominosa pesadumbre,

Ordenó que se hiciera  
 Un empadronamiento escrupuloso,  
 En el cual se inscribiera  
 Con el menesteroso  
 El altivo magnate poderoso.

Y sus gobernadores,  
 Del edicto imperial desapiadado  
 Fieles ejecutores;  
 Al mundo esclavizado  
 Obedecer hicieron lo mandado.



## V.

Fieles José y MARIA á la costumbre  
 Seguida en Isráel desde remotas  
 Edades, de inscribirse por familias  
 Y tribus; la romana ley premiosa,  
 Apenas conocida, resolvieron  
 Dirigirse á Belen sin mas demora.  
 Era aquella ciudad, patria felice  
 De David; y José y su casta esposa,  
 Descendientes de aquel, la contemplaban  
 Su nativo pais y cuna propia.

Del otoño era el fin.—Torrentes raudos  
 Desde la cima de las altas rocas,  
 Con horrible fragor hasta los valles  
 Llevaban sus corrientes bramadoras:  
 Silbaba el aquilon del norte frio  
 Al través de las ramas ya sin hojas  
 Del cedro y terebinto que en los llanos  
 Se burlan de sus iras destructoras;  
 Y el cielo azul de viajadoras nubes  
 Cubierto, que los astros encapotan,

Que se acerca ya el tiempo anuncia al hombre  
De la nieve voraz devastadora.

Una mañana nebulosa y fría  
Emprendieron la marcha fatigosa  
José y Miriam.—La jóven cabalgaba  
Sobre el manso animal, que á las matronas  
Pobres servia en dilatados viajes  
Por aquellas comarcas arenosas.  
A pié de ella no lejos, caminaba,  
Vástago ilustre de prosapia heróica,  
Pensativo el esposo, meditando  
En las promesas del Señor gloriosas.  
A las cinco jornadas descubrieron,  
Ceñida de amenísima aureola  
De viñas y de olivos inmortales,  
La ciudad de los reyes.—Ricas tropas  
De jóvenes ginetes, que atrevidos  
Espolean las yeguas voladoras,  
Y mugeres ilustres revestidas  
De sedas y de púrpuras costosas,  
Montados en camellos, atraviesan  
De Belen por la senda á todas horas;  
Y al pasar de los pobres peregrinos  
Al lado, una mirada desdeñosa  
Acaso les dirigen, ignorando  
Que va con ellos de Israel la gloria.

Fuera de la ciudad, noble se alzaba  
Edificio de fábrica orgullosa,  
Cuyas blancas paredes, de aquel marco  
De olivos y viñedos que corona  
Los collados vecinos y montañas,  
Al sol se destacaban.—Presurosa  
Dirigió la feliz cabalgadura  
A aquel punto José. Mas con zozobra  
Oyó que ya lugar ninguno habia  
Do descansara su afligida esposa.  
Entonce á la ciudad siguió el camino;  
Mas en vano sus calles tortuosas  
En busca recorrió de algun albergue:  
Todos los Belenitas con faz torva  
A recibir negáronse al viagero  
De apariencia mezquina y sospechosa.

En tanto el denso velo ya estendia  
De nubes densas y apiñadas sombras  
Sobre el altivo monte y la llanura  
La noche del descanso protectora:  
Y José en su afliccion desesperando  
De encontrar un asilo, con llorosa  
Faz, resolvió salir á la campiña,  
Ya sumergida en las tinieblas hondas.  
—A la parte del Sur y no muy lejos  
De la dura ciudad, caliginosa

Habia una caverna, caro asilo  
 Tal vez en las borrascas bramadoras  
 De pastores aun tiempo y de ganados.  
 Allí José y Miriam en fervorosa  
 Oracion, juntamente bendigieron  
 De Dios la omnipotencia previsor.

Y allí cuando rasgando el negro velo  
 Con que al mundo cubrió la niebla oscura,  
 Señala media noche á nuestro suelo  
 El astro luminoso en el altura;  
 Sin humano dolor, al rey del cielo  
 Encarnado en terrestre criatura,  
 Dió á la luz la esposa del Señor, MARIA,  
 Llanto de amor llorando y alegría.

Las auras de la noche suspiraron,  
 Mansas las olas de la mar gimieron,  
 Sus fuegos los volcanes apagaron,  
 Los prados de sus flores se vistieron:  
 Las estrellas del cielo se agitaron  
 Y con mas viva luz resplandecieron;  
 Y en himnos mil de júbilo, triunfales,  
 Resonaron las arpas celestiales.

## VI.

Cerca del establo  
 Hay un prado ameno  
 Do muchos pastores  
 Junto á sus corderos  
 Pasaban la noche  
 Las iras temiendo  
 De feroce tigre  
 O chacal sangriento:  
 Cuando de zozobras  
 Están mas agenos,  
 He aquí que de pronto  
 Descienden al suelo  
 De una luz divina  
 Los puros reflejos;  
 Y un jóven gallardo,  
 De la luz en medio,  
 A quien los zagales  
 Ven de espanto llenos,  
 Con voz mas süave  
 Que el blanco ceceo  
 Es del hijo caro  
 Al amor materno: